



GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ **EL CARIBE**Y LOS ESPEJISMOS DE LA MODERNIDAD



GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ EL CARIBE Y LOS ESPEJISMOS DE LA MODERNIDAD

Orlando Araújo Fontalvo



Araújo Fontalvo, Orlando.

Gabriel García Márquez, el Caribe y los espejismos de la modernidad / Orlando Araújo Fontalvo. Barranquilla : Editorial Universidad del Norte, reimpr., 2011.

119 p.; 21,5 cm. Incluye referencias bibliográficas (p. 115-119) ISBN 978-958-741-082-2

1. García Márquez, Gabriel,1928 — Crítica e interpretación. 2. Novela colombiana--Siglo XX--Historia y crítica. 3. Modernidad. 4. Caribe (Región, Colombia) I. Tít. (Co863.44 A663) (CO-BrUNB: 98666)



www.uninorte.edu.co Km 5 vía a Puerto Colombia. A.A. 1569 Barranquilla (Colombia)

Primera edición, noviembre de 2010 Primera reimpresión, mayo de 2011

- © Editorial Universidad de Norte, 2011
- © Orlando Araújo Fontalvo, 2011

Coordinación editorial Zoila Sotomayor O.

Diseño y diagramación Nilson Avendaño Munir Kharfan De los Reyes

Diseño de portada Joaquín Camargo Valle

Corrección de textos Victoria Osorio

Contenido

INT	RODUCCIÓN	. 11
	Una pregunta en Yerbabuena	
1.	El habitus de García Márquez El influjo de los abuelos, 19 El sujeto cultural vallenato en Cien años de soledad, 27 Diversidad cultural e identidad, 37 Imagen conceptual de América Latina, 40 La palabra y la imagen en el cine y la literatura, 42	.17
2.	Gabriel García Márquez: el encantamiento del mundo o la búsqueda de una racionalidad alternativa	.47
3.	Cronotopía y modernidad en Cien años de soledad La estrategia narrativa y la estructura de la novela, 85 La naturaleza del narrador, 87 La cronotopía y la forma de la novela, 93 Los espejismos de la modernidad, 100	.84
חוסו	IOCDAEÍA	116

Para Aura María y Orlando. Simplemente, por todo.

Mi gratitud a los inolvidables Cándido Aráus y Fernando Charry Lara. Y a mis maestros de siempre, Hélène Pouliquen, Diógenes Fajardo y Manuel Guillermo Ortega.

Introducción Una pregunta en Yerbabuena

El día en que iba a conocer a Gabriel García Márquez madrugué más de lo acostumbrado. La mañana era helada y en la bella hacienda que fuera refugio del presidente colombiano José Manuel Marroquín, tristemente célebre por haberse dormido en los laureles, mientras el halcón Theodore Roosevelt se llevaba entre las garras el ombligo del mundo, el notable escritor Carlos Fuentes iba a ser nombrado miembro honorario del Instituto Caro y Cuervo. Como sabía que el mexicano era uno de los amigos entrañables de García Márquez, eché a la mochila la mejor edición de Cien años de soledad que tenía, salí del apartamento que ocupaba en La Candelaria y atravesé los enjambres de palomas de la Plaza de Bolívar en busca de un transporte hacia la sabana.

Llegué a mi destino casi dos horas después. Me sorprendieron las medidas de seguridad y el Black Hawk artillado que sobrevolaba la sede investigativa de Yerbabuena. El remanso en el que investigadores de la talla de José Joaquín Montes adelantaban en silencio su trabajo se había convertido en un hervi-

dero acordonado por la fuerza pública. Revisé mi invitación y comprendí lo que pasaba: las palabras de apertura de la ceremonia estaban a cargo del Presidente de la República, uno de quien es mejor no acordarse. Después de identificarme, ingresé a pie por el sendero de curvas ascendentes que conduce a la residencia colonial, sede de la Biblioteca José Manuel Rivas Saconni. A mitad del camino, un automóvil pasó a mi lado y a través del cristal reconocí el perfil del autor de Cien años de soledad. Tal como había intuido, del vehículo descendieron Carlos Fuentes, Mercedes Barcha y García Márquez. Luego de las insípidas palabras del Presidente y del discurso del doctor Ignacio Chaves Cuevas, la brillante intervención del novelista mexicano confirmó su enorme estatura intelectual. El aplauso fue sostenido y García Márquez, emocionado en la mesa principal, congratuló a su amigo batiendo sin cesar sus manos unidas a ambos lados de la cabeza.

El acto terminó y los asistentes, que hasta ese momento habían permanecido en una especie de trance, se arremolinaron en torno a la mesa en busca de una fotografía, un autógrafo o un simple apretón de manos de Carlos Fuentes y, sobre todo, del nieto del patricio liberal Nicolás Márquez Mejía. Saqué entonces de mi mochila la edición de Cien años de soledad y tomé un atajo para acercarme, pero varios escoltas del presidente me cerraron el paso abruptamente.

Di media vuelta y traté de abrirme paso por uno de los costados del salón. Como Carlos Fuentes estaba en el programa y García Márquez no, la gente que se acercaba al mexicano estaba preparada y le pasaban para su firma ediciones impecables de La muerte de Artemio Cruz, El espejo enterrado y Valiente mundo nuevo, mientras que al Nobel colombiano lo asediaban con hojas sueltas, agendas y cuadernos de escolar. Por